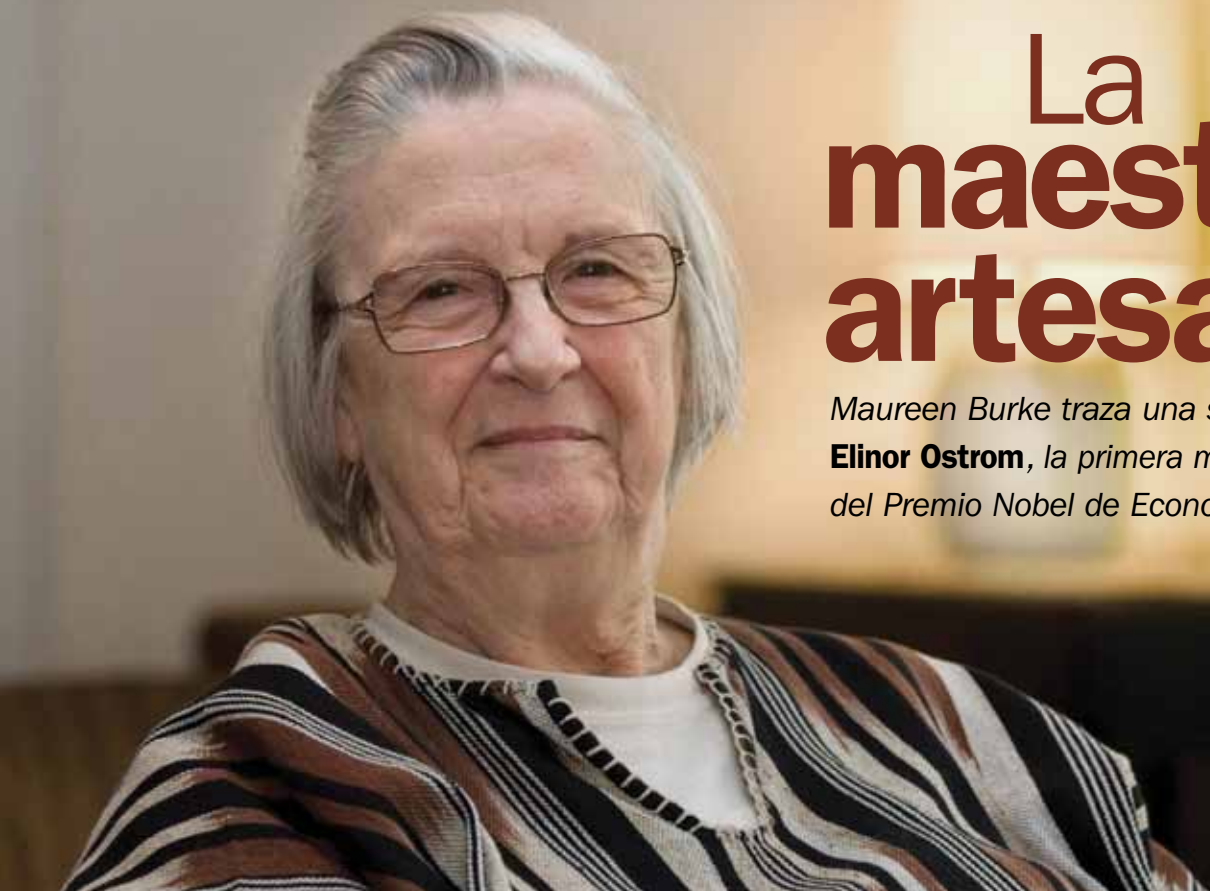


La maestra artesana

Maureen Burke traza una semblanza de Elinor Ostrom, la primera mujer ganadora del Premio Nobel de Economía



CUANDO Elinor Ostrom ganó el Premio Nobel de Ciencias Económicas en 2009, algunos se asombraron. Ese día, el economista de la Universidad de Chicago y coautor de *Freakonomics* Steven Levitt escribió en su blog: “Si ayer hubiésemos hecho una encuesta preguntando a economistas académicos quién era Elinor Ostrom o en qué trabajaba, dudo que hubieran podido responder más de uno de cada cinco”.

Pero a Paul Dragos Aligica no lo sorprendió en lo más mínimo. “Toda la filosofía de la diversidad institucional —que va más allá de la dicotomía entre mercado y Estado— es uno de los paradigmas más revolucionarios propuestos en los últimos 20 años para las ciencias sociales”, dice Aligica, que fue alumno de Ostrom y ahora es investigador principal en el Centro Mercatus de la Universidad George Mason.

Al otorgar el Nobel a Ostrom por su análisis de la gobernanza económica, la Real Academia Sueca de las Ciencias observó que su labor “nos enseña nuevas lecciones acerca de los mecanismos profundos que sustentan la cooperación en las sociedades humanas”. Si la elección de Ostrom —junto con el otro galardonado Oliver Williamson, de la Universidad de California en Berkeley— fue considerada por algunos como poco convencional, otros la vieron como una reacción apropiada a las fallas del libre mercado que la crisis financiera de 2008 puso de relieve.

Ostrom, la primera mujer en recibir el Nobel de Ciencias Económicas, se ocupa menos de los mercados que de la actividad económica que no llega a reflejarse en ellos y tiene lugar en los hogares, empresas, asociaciones, organismos públicos

y demás organizaciones. Ha mostrado cómo los recursos comunes —bosques, pesquerías, tierras de pastoreo y agua de riego— pueden ser gestionados con éxito por quienes los usan, más que por los gobiernos o empresas privadas.

Quizás es más conocida por desacreditar la “tragedia de los bienes comunes”, una teoría expuesta por el biólogo Garret Hardin en 1968. En un artículo publicado en la revista *Science*, Hardin defendía que si cada ganadero que comparte una porción de tierra de pastoreo común tomara la decisión económica individualmente racional de aumentar sus cabezas de ganado, el efecto colectivo agotaría o destruiría el terreno. En otras palabras, múltiples individuos —actuando en forma independiente y atendiendo racionalmente a su propio interés— terminarían agotando un recurso común limitado, aun cuando sea evidente que a largo plazo nadie saldrá beneficiado.

Ostrom cree que tal “tragedia” no es inevitable, como pensaba Hardin, sino que se podría prevenir si los ganaderos decidieran cooperar entre sí, monitoreando el uso que cada uno hace de la tierra y aplicando reglas para administrarla.

Ostrom —que posee un doctorado en Ciencias Políticas— quizá no sea una economista tradicional, pero el ganador del Premio Nobel de 2001, George Akerlof (véase *F&D*, junio de 2011), califica su labor como “decididamente fundamental” para esa disciplina. “A Ostrom le interesa la manera en que se forman las normas sociales y cómo hacer que se cumplan”, dice Akerlof. “Esas normas son ‘la materia ausente’ en la ciencia económica. Se puede estar muy cerca de un equilibrio en el que todos cooperen, pero para que efectivamente lo hagan se necesita algo más. Y lo que hace que la gente coopere son las normas”.

Beverly Hills, 90210

Elinor Ostrom —o Lin, como muchos la llaman— nació en Los Angeles, California, en 1933. Criada en la pobreza en medio de la Depresión, Ostrom vivió con su madre divorciada, que le enseñó a cultivar hortalizas y preparar conservas de fruta para ahorrar. Su hogar estaba en el borde del distrito escolar de Beverly Hills, de modo que pudo asistir a la distinguida escuela secundaria de Beverly Hills y recibir una educación de primera. Demostrando un precoz desdén por el materialismo, Ostrom compraba ropa de segunda mano, en marcado contraste con sus compañeros de la escuela, entre los que se cuentan muchas celebridades.

Fue alentada a incorporarse al equipo de debate, lo que despertó su interés en el proceso de argumentación. “El debate escolar es un excelente entrenamiento”, dice Ostrom. “Para cada tema había dos posturas, y teníamos que aprender a formular un argumento coherente a favor de una u otra, ya que éramos asignados al azar”. El debate no solo agudizó su habilidad para el pensamiento crítico, sino que también curó su tartamudeo.

Ostrom se inscribió en la Universidad de California en Los Angeles (UCLA), contra los deseos de su madre. Nadie más en su familia había ido a la universidad, y su madre se negó a darle apoyo financiero. Sin claudicar, la joven Elinor cursó sus estudios trabajando en una serie de empleos ocasionales. “En esa época, UCLA tenía aranceles muy bajos, de modo que pude evitar contraer deudas”, recuerda Ostrom.

A pesar de graduarse con honores en Ciencias Políticas, Ostrom se marchó a Boston para trabajar como empleada en una empresa exportadora de productos electrónicos. “En esos días se suponía que el trabajo apropiado para una mujer era el de secretaria o el de maestra”, observó Ostrom en un bosquejo autobiográfico. Después de un año, fue empleada como subgerente de personal por Godfrey L. Cabot, Inc., una empresa de Boston que nunca antes había contratado a una mujer para un cargo profesional.

“Tuve que esforzarme para conseguir ese trabajo, pero el haberlo logrado a los 21 años me dio una confianza que más tarde me ayudó en la vida”, dice Ostrom.

En 1957, Ostrom volvió a UCLA para asumir un puesto de nivel medio en la oficina de personal de la universidad mientras cursaba sus estudios de posgrado en Ciencias Políticas. Sus decisiones seguían intrigando a su madre. “Me preguntó si el sueldo que ganaría una vez que obtuviera mi doctorado sería más alto que el que ganaba entonces. Le dije que no, que sería el mismo o menor. No podía entenderlo”, recuerda Ostrom con una sonrisa.

En un seminario de posgrado, Ostrom empezó a interesarse en la acción colectiva para administrar de manera sostenible recursos naturales compartidos. Con un grupo de compañeros e investigadores, estudió una cuenca de agua subterránea al sur de California. El volumen que extraían las comunidades era excesivo, y en la cuenca comenzaba a filtrarse agua salada. A Ostrom le fascinó la forma en que la gente de jurisdicciones coincidentes que dependían de ese acuífero encontraron incentivos para dejar a un lado sus diferencias y resolver el problema. Eligió esa colaboración como tema de su tesis doctoral, sembrando la semilla de su futura labor sobre lo que denomina “recursos de bienes de acceso común”.

Quien supervisaba aquel seminario era Vincent Ostrom, un profesor asociado de Ciencias Políticas catorce años mayor que

ella, con quien se casó en 1963. Era el comienzo de una asociación de toda una vida que combinaba “amor y cuestionamiento”, como Ostrom lo expresó en la dedicatoria de su influyente libro de 1991, *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*.

El científico como artesano

En 1965, los Ostrom se mudaron a Bloomington, Indiana, donde Vincent asumió un cargo de profesor titular en la Universidad de Indiana y Elinor comenzó a dictar la cátedra de Gobierno de Estados Unidos, en la que finalmente llegó a ser candidata al cargo de profesora titular. Algunos años más tarde, ambos iniciaron una serie de coloquios, que congregaban a investigadores de diferentes disciplinas para debatir temas de interés común, especialmente los relativos a la gestión de recursos. “Nos comprometimos a reunirnos todos los lunes, aun cuando terminaríamos siendo solo cinco o seis. Y fue creciendo cada vez más”, recuerda Ostrom.

Este coloquio informal de los lunes se transformó en el Taller de Teoría Política y Análisis de Políticas, actualmente un floreciente centro de investigación que atrae a estudiosos de todo el mundo especializados en ciencias políticas, economía, antropología, ecología, sociología, derecho y otros campos.

“La lógica de nuestro taller siempre ha sido que hubiera una variedad de estudiosos de la ciencia económica, la ciencia política y otras disciplinas trabajando juntos para tratar de comprender cómo los mecanismos institucionales en un conjunto diverso de ámbitos ecológicos y sociales, económicos y políticos influían en el comportamiento y en los resultados”, escribió Ostrom en el sitio web del Premio Nobel.

Inspirados en un amigo ebanista, los Ostrom quisieron que el centro siguiera el modelo de un taller de artesanos. Sus estudiantes trabajarían a su lado, permitiendo una transferencia de conocimientos como la que se produce entre el maestro y su aprendiz, en lugar de hacerlo “desde arriba” como ocurre en las clases magistrales.

“Vincent imaginó un taller en el que las personas tuvieran múltiples habilidades a diferentes niveles, para que los jóvenes aprendan cómo trabajar con gente de mayor edad y experiencia, pero trabajando juntos, no en un orden jerárquico”, dice Ostrom. “Y así es como ha funcionado el Taller desde hace años”.

Ubicado en la antigua sede de un club estudiantil que abarca cuatro edificios en una tranquila calle cercana al campus, el Taller está decorado con delicados tapices asiáticos, elegantes tallas africanas en madera y otros objetos exóticos. Transmite una atmósfera de bienvenida para los estudiosos que vienen de todo el país y del extranjero a investigar cómo las comunidades han evitado la tragedia de los bienes comunes.

Esa investigación —que estudia la gestión de recursos tales como el agua, la fauna ictícola y los bosques— es parte de una iniciativa más amplia que busca desarrollar una teoría sobre la forma en que las personas pueden autoorganizarse y autogobernarse. Las preguntas son primero objeto de experimentación en un laboratorio, donde Ostrom estudia las decisiones por las que optan los sujetos cuando se enfrentan a hipotéticos dilemas relativos a recursos comunes. Las predicciones resultantes son entonces puestas a prueba en el campo a través de la observación directa de situaciones de la vida real.

“Tomamos algo en lo que estamos interesados desde la teoría, como un bien público o un recurso de acceso común, y vamos alternando entre el campo y el laboratorio”, explica Ostrom. “En el campo uno tiene toda la riqueza, pero a veces resulta excesiva para averiguar qué es lo que exactamente pasa. De modo que uno vuelve al laboratorio para ver si una variable que creemos importante realmente influye en la forma esperada”.

Desempeño policial y policentrismo

Uno de los primeros proyectos de Ostrom en el Taller fue la investigación de la estructura y el desempeño de la industria policial. A comienzos de los años setenta, los expertos estadounidenses en materia de políticas públicas recomendaban una drástica reducción del número de departamentos de policía, argumentando que la multiplicidad de unidades al servicio de una misma zona era caótica e ineficiente. Para determinar cuál era el mejor curso de acción, Ostrom y sus colegas se embarcaron en un amplio estudio de la prestación de servicios policiales en 80 áreas metropolitanas.

Es la riqueza de los datos que Ostrom ha compilado de comunidades de diversos lugares del mundo, períodos y recursos lo que otorga credibilidad a sus teorías.

Ostrom dedicó 15 años a ese proyecto, haciendo recorridos en patrulleros policiales, entrevistando a personas acerca de su experiencia con la policía, recogiendo todo tipo de datos, duros y blandos. Al concluir el estudio, ella y sus colegas observaron que un mayor tamaño no necesariamente hace que un organismo policial sea mejor. Y la creencia generalizada de que una multiplicidad de departamentos de policía en un área metropolitana era menos eficiente *no se confirmó*. Por el contrario, se observó que los servicios a menudo desarrollaban redes de cooperación para garantizar la seguridad pública más allá de sus respectivos límites jurisdiccionales. “Complejidad no es lo mismo que caos”, escribió Ostrom.

El estudio sobre la policía, dice Ostrom, ilustra acabadamente el “policentrismo”, un concepto importante en su labor. Propuesta primero por Vincent Ostrom, Charles Tiebout y Robert Warren en 1961, la noción de un sistema político “policéntrico” se refiere a un sistema en el que los ciudadanos organizan no solo una, sino múltiples autoridades de gobierno, a múltiples escalas.

“Un analista que aplique la teoría policéntrica no predice que haya una única forma óptima de organización para todas las áreas metropolitanas”, escribió Ostrom en 1997 en su ponencia de aceptación del premio Frank E. Seidman de Economía Política. Es necesario estudiar las características de la producción y el consumo del servicio urbano en cuestión antes de decidir qué

mecanismo institucional funciona mejor, que es precisamente lo que ella hizo con el estudio sobre la policía.

La importancia del conocimiento local

El interrogante básico que Ostrom trata de responder es por qué algunos usuarios de recursos logran organizarse con éxito y otros no. La pregunta no es meramente académica, sino que es pertinente para las políticas públicas. “Si no encontramos los medios de desarrollar y mejorar la capacidad de gobernar y gestionar con eficacia los recursos de propiedad común”, dijo en una entrevista en 2003, “la falta de tales instituciones en el siglo XXI generará problemas socioeconómicos fundamentales”. Según Ostrom, cuanto más aprendamos sobre esas instituciones tanto mayor será la probabilidad de que las autoridades puedan evitar errores del pasado.

Es la riqueza de los datos que Ostrom ha compilado de comunidades de diversos lugares del mundo, períodos y recursos lo que otorga credibilidad a sus teorías, dice Amy Poteete, una ex investigadora posdoctoral del Taller y actualmente profesora asistente de Ciencias Políticas de la Universidad Concordia de Montreal. “La evidencia es mucho más convincente porque proviene de tan amplia diversidad de situaciones”.

El programa de investigación de Recursos e Instituciones Forestales Internacionales, iniciado en la década de 1990, es un excelente ejemplo de un proyecto del Taller que abarca varios países y años. Para este programa, Ostrom y sus colegas han establecido una red de centros de investigación que colaboran en el estudio de los bosques de África, Asia y América Latina. En él se analiza cómo los mecanismos de gobierno afectan a los bosques y a la población que depende de ellos. Midiendo el impacto a largo plazo tanto en la biodiversidad de los bosques como en el tejido social de la comunidad, esperan producir datos que sean útiles para las autoridades y los usuarios de los bosques en el futuro.

“La gente piensa que es suficiente solo con tener ‘áreas protegidas’”, dice Ostrom. “Pues bien, hemos observado que algunas funcionan y otras no”. Si las personas que hacían uso del bosque antes de que el gobierno lo designara como “área protegida” son sencillamente expulsadas, podrían quedar resentidas y menos dispuestas a ayudar a monitorear y proteger ese recurso en el futuro. Pero si se las incorpora y se les asigna un papel, ayudarán a controlar el bosque, que tenderá a estar en mucho mejores condiciones, explica.

Todos los centros de investigación —en Bolivia, Guatemala, India, Kenya, México, Nepal, Tailandia, Tanzania y Uganda— usan los mismos protocolos de datos y aportan esa información a una base de datos común. Allí trabajan investigadores locales, muchos de los cuales han ido a Bloomington para capacitarse. A Ostrom le importa mucho el conocimiento local; siempre trata de aprovecharlo o perfeccionarlo.

Ostrom no consulta a los expertos locales solo con fines inclusivos, sino porque muchos de ellos poseen mayor idoneidad y experiencia. En un estudio de los sistemas de irrigación de Nepal, observó que los sistemas construidos y gobernados por los propios agricultores tendían a funcionar mejor que los construidos con financiamiento de donantes y manejados por entes oficiales. Pese a que la ingeniería de estos últimos era



mejor, quienes los supervisaban no comprendían la intrincada red de incentivos que enfrenta la comunidad local.

Ostrom ha verificado ese patrón en repetidas ocasiones. “Los planes iniciales de muchos de los grandes proyectos de irrigación en los países en desarrollo se centran casi exclusivamente en diseños de ingeniería para los sistemas físicos e ignoraban cuestiones organizacionales”, dijo en una entrevista en 2003. “Si bien es esencial comprender el aspecto físico de los proyectos de desarrollo, el hincapié debe hacerse en el aspecto institucional”. En el establecimiento de tales instituciones, recalcó, se debe involucrar directamente a la población local, o se correrá el riesgo de que fracasen.

Estilos que contrastan

Dado que todos estos años Ostrom ha trabajado estrechamente con su esposo, ¿le resultó extraño ganar el Premio Nobel sin él? “Lo fue, pero podía entenderlo”, expresa. “Él ha sido más que nada un filósofo. Yo había hecho muchos experimentos de laboratorio, análisis estadísticos y trabajo de campo, de modo que podía entender por qué me escogieron a mí. Pero su labor fue decididamente fundacional”.

Aligica, que estudió en el Taller en los años noventa, confirma esta división del trabajo: “Si observamos la labor de Lin, podemos ver que es parte de un esquema más vasto. Y quien trazó el diseño general de ese esquema —y su filosofía subyacente— fue Vincent”.

Según Aligica, Vincent, de 91 años, es uno de los últimos estudiosos del viejo estilo que quedan. Elinor, la más pragmática de los dos, es una “empresaria extraordinariamente buena, capaz de armar proyectos interesantes, encontrar donantes que los apoyen e incluso ampliar el presupuesto para incluir a otro investigador visitante o a un estudiante con problemas financieros.

Con sus estilos diferentes, los Ostrom parecen haber logrado el equilibrio apropiado, como muchos atestiguan. Alientan a los investigadores a formar grupos de trabajo con colegas de ideas afines para abordar los temas que deseen. “Podría ser un grupo de lectura sobre algún tema en particular, o un grupo de trabajo que trate de obtener financiamiento para un proyecto”, dice Poteete. “Esta idea de grupos autoorganizados es central para lo que ella ha estudiado desde la teoría, por eso considero atinado que esas propuestas teóricas se pongan en práctica en el Taller”.

Y así como Ostrom cree que un enfoque “de arriba hacia abajo” no es conveniente para el desarrollo, opina lo mismo acerca del Taller, optando por no imponer su agenda de investigación y dejando que los proyectos crezcan de manera orgánica. “Son personas que practican lo que predicán”, asegura Aligica de los Ostrom. “Dicen que desean una relación de maestro y

aprendiz con sus estudiantes —una relación muy personal— y efectivamente la tienen”.

A cambio, concitan lealtad. “Aun después de dejar el Taller, las personas siguen sintiéndose parte de una gran familia”, dice Aligica.

Todavía bajo presión

Ostrom no ha bajado su ritmo desde que ganó el Nobel: aún hoy le siguen llegando solicitudes de entrevistas y presentaciones públicas. En 2009, dejó el cargo de directora del Taller, cediendo su lugar a Michael McGinnis, docente de Ciencias Políticas en la Universidad de Indiana desde 1985. Pero mantiene una agenda completa de docencia e investigación.

Uno de los muchos proyectos a los que Ostrom trata de dedicar tiempo es un estudio, iniciado hace varios meses, que conduce McGinnis. En él se analizan los sistemas de salud de tres comunidades —Cedar Rapids, Iowa; Grand Junction, Colorado; y Bloomington, Indiana— que han tenido diverso grado de éxito con modelos de gobierno colaborativos.

En algunos sistemas, por ejemplo, los hospitales compiten ferozmente entre sí, mientras que en otros existe un mayor grado de cooperación. Ostrom dice que el estudio, aún en fase de recolección de datos, procurará responder algunas preguntas fundamentales: ¿Qué factores llevan a algunas comunidades a crear grupos que colaboran y tratan de mejorar las cosas? Cuando se ha encontrado la forma de mantener bajos los costos de la salud y alta la calidad del servicio, ¿cuáles son las características de esa comunidad?

Toda la obra de Ostrom se refiere a las normas sociales y los factores que llevan a la gente a cooperar, y el estudio de los servicios de salud no es una excepción “Ella observa esas normas en lo pequeño, por supuesto, porque esa es la forma en que se pueden observar estas cosas”, dice Akerlof. “Pero sus teorías se aplican no solo a los sistemas de irrigación, sino a entidades tan grandes como un país, o como el mundo entero en el caso del calentamiento global”.

A los 78 años, Ostrom podría optar por retirarse de la vida académica para disfrutar de la serenidad de un bosque de más de dos hectáreas en las afueras de Bloomington donde viven ella y Vincent. Pero la posibilidad de que eso suceda parece remota. Al preguntarle un entrevistador de National Public Radio si ganar el Premio Nobel quitó presión a lo que ella sentía que le faltaba por lograr, Ostrom lo descartó riendo.

“Mi objetivo no era ganar un premio, así que haberlo ganado no reduce la presión para seguir investigando”. ■

Maureen Burke es miembro integrante del equipo de Finanzas & Desarrollo.